

LIBRO SEGUNDO.

ARGUMENTO.

Numa caminando á Roma se detiene y queda dormido en un bosque en donde tiene un sueño misterioso, y despues sigue su viaje. Descripcion de la campiña de Roma y de esta ciudad de Marte. Acojida que Tacio le hace. Carácter de este buen rey, de su hija, y de Rómulo y Hersilia. Encuentra Numa á Hersilia, y se enamora ciegamente de ella. Primeros efectos de su pasion. Regreso y triunfo de Rómulo.

Numa se apartaba á pesar suyo del sitio que le habia visto nacer; mil ideas dolorosas le ocupaban. Abandono á mi padre, se decia, en la edad en que mas falta le hago; renunció á las obligaciones, á los dulces recreos gratos á mi corazón; dejó los compañeros, los amigos de mi niñez, y todo para ir á vivir en una ciudad en la cual nadie me amará. ¡Ah! bien conozco que no podré vivir en ella. Padeceré como un árbol tierno trasplantado en terreno que no le con-

viene: las benignas influencias del sol y de los rocíos le son inútiles; sus hojas marchitas y ajadas cuelgan á lo largo de sus ramas; sus raíces no reciben alimento, y ha empezado á morir desde el instante que fué arrancado de la tierra que amaba.

Aun no habia hecho dos millas, cuando acosado del calor, y aun mas de sus tristes pensamientos, entró en un bosquecillo, cuya sombra y frescura convidaban al descanso. Atraído del murmullo de un arroyuelo que corria por él, detiene sus caballos, baja del carró, y dejándole al cuidado de dos esclavos, sigue el arroyo hasta su origen, que era una fuente consagrada al dios Pan. Se arrodilla ante la estatua del dios, pidiéndole permiso para apagar la sed en sus aguas, y despues de haber refrescado sus sedientos labios, se tiende sobre la fresca yerba á las márgenes del agua y se duerme.

En tanto que dormia tuvo un sueño: parecióle ver un carro tirado de dos dragones que bajaba hácia él desde una alta nube. Ocupaba este carro la diosa Céres, coronada de espigas, teniendo en las manos la hoz y gavillas que la caracterizan; parose sobre la cabeza de Numa, y mirándole con suma bondad, le dijo así:

Hijo de Pompilia, quise mucho á tu madre y velo sobre tu suerte. He resuelto concederte el primer voto que formes, sea el que fuere: habla pues, dime lo que mas deseas y al punto lo conseguirás. Siendo así, replicó al instante Numa, haced, ó diosa inmortal, que Tulio rejuvenezca, que comience nueva vida, y que jamas.... Tu peticion, interrumpió la diosa, es superior á mi

poder. Júpiter mismo no puede alargar la vida de un mortal: no le obedecen las crueles parcas; han cortado el estambre de Perseo, de Hércules y otros hijos queridos del padre de los dioses, cuando el destino superior á éste ha querido que dejasen de vivir; forma pues un deseo para tí; y cree firmemente que pidiendo tu felicidad consigues la de Tulio.

Si así es, ¡oh deidad protectora! hacedme digno de él; fructifiquen en mi pecho las lecciones de aquel venerable viejo; concededme la sabiduría; Tulio dice que en esta sola consiste la felicidad.

Ya tenia yo prevista tu petición, respondió Céres, he pedido á mi hermana Minerva que te colme de sus dones; mas no por eso presumas llegar á ser su favorito como lo fué el hijo de Ulises. Ningun mortal, Numa querido, puede lisonjearse de acercarse al divino Telémaco. Esta es la obra maestra de Minerva, y ni aun ella misma se atreveria á intentar igualarse con su obra. ¡Pero, feliz con todo aquel que, aunque de lejos, camine sobre sus huellas; feliz el héroe que merezca alguna mirada de la diosa, y que ocupará el segundo lugar aunque distante de su modelo!

Al decir la diosa estas palabras, Numa se cree transportado al templo de Minerva. Quiere llegar hasta la diosa, pero una nube de oro le cierra el santuario, y le priva de ver la divinidad: en vano se esfuerza por penetrar la nube, en vano implora el auxilio de Céres, ésta se le niega, y por señas le manda que oiga. Entonces Minerva le habla. Numa se postra en tierra con el

rostro pegado en el suelo. Oye á la sabiduría que le instruye de todas sus obligaciones; experimenta á un mismo tiempo un santo respeto y la dulce persuasión. Pero cuando se levanta para dar gracias á la diosa, ésta, la nube y el templo han desaparecido. Se halla Numa en medio de un bosque, y ve sobre un banco de céspedes una bellísima ninfa vestida de blanco, sentada y leyendo con suma atención. En su rostro brilla la paz y el candor; la modestia y la dulzura unidas con la majestad están en torno á ella; de este modo se nos representa Astrea meditando en la felicidad de los humanos. Numa, que se siente arrastrado por un encanto irresistible hácia aquel hermoso objeto, pregunta á Céres como se llama: la diosa le nombra Egeria, y al pronunciar este nombre desaparece todo.

La sorpresa, la conmoción que sintió Numa, le despertaron. Turbado todavía con el sueño misterioso, apenas puede volver en sí. Mira á todas partes, y solo descubre la fuente de Pan, los árboles y el arroyo, en cuyas márgenes se habia dormido. Empero no dudando que el sueño que ha tenido le ha sido enviado por Júpiter, dirige sus oraciones al dueño del rayo, y despues de ofrecer un sacrificio á Céres y Minerva, sale del bosque y vuelve á subir en su carro.

Continuando su viaje, atraviesa el país de los fidenatos, y en breve llega al territorio de Roma. Facilmente le distingue del de sus comarcas: los campos están desiertos, las tierras incultas solo producen zizaña, los ganados flacos y dispersos hallan apenas un escaso alimento; no se ven segadores que recojan los abundantes dones

de Ceres, ni espigaderas que sigan cantando la familia del labrador; no se ve pastor alguno que recostado á la falda del collado, sin temor por sus ovejas, que confia al cuidado del can celoso y fiel, canta al son del rústico instrumento la hermosura de Amariles ó las delicias de la vida pastoral. Todo es tristeza, silencio y dolor. Des-poblados los lugares solo ofrecen á la vista mu-jeres y ancianos: ésta llora su esposo, aquella su hermano perdidos en los combates: aquí está un viéjo desconsolado que va á morir sin socorro ni auxilio; ya no tiene hijos, acaban de arrebatarle el último para servir en las tropas de Rómulo: este padre desesperado arroja lastimosos gemidos, se mesa las canas, enajenado del dolor, mal-dice la ambicion y las armas de su rey. Allí se ve una madre que huye con el solo hijo que le queda; sabe positivamente que vendrán á arrancar-le de entre sus brazos; prefiere abandonar sus lares, su patria y el campo que le mantenía, é ir á mendigar su sustento entre un pueblo extraño, pero que á lo menos le dejará su hijo. La pobreza, la desolacion y el temor ofrecen por todas partes su espantosa imágen, y los vasallos de Rómulo no conocen el descanso ni la felicidad, desde que su señor conoce la gloria.

¡Oh dioses inmortales! esclama Numa, ¿es este aquel pueblo orgulloso tan envidiado de las otras naciones, y el que por sus victorias se ha hecho tan famoso y temible? Véolo infeliz, pobre, y mas digno de lástima que todos los que ha vencido. ¡Este es, pues, el precio de la gloria! ¡Ah! mejor diré que es un efecto de la justicia del cielo: los dioses han querido que los con-

quistadores sufriesen los mismos males que ocasionan, y que comprasen con su propia desventura la que derraman entre los vencidos.

Entonces comparaba Numa la felicidad de que gozaban los sabinos, la abundancia y la alegría que reinaba en sus campiñas, con el espectáculo que tenia á la vista: se acordaba de todo cuanto Tulio le habia dicho de la guerra, y clamaba á los inmortales para que hiciesen nacer reyes pacíficos, cuando de improviso el aspecto de Roma hirió sus ojos. Aquel monte Palatino antiguo asilo de pastores y ganados, y ahora rodeado de fuertes muros, altos torreones y fosos profundos que le defienden: aquel famoso Capitolio que domina toda la ciudad, en cuya cumbre se distingue ya la fábrica del templo de Júpiter; todo lo ve Numa, todo le infunde respeto y temor: contempla, admira y se adelanta.

Llega á las puertas y las halla ocupadas de un número crecido de jóvenes guerreros, cubiertos de armas resplandecientes, apoyados sobre sus lanzas, altas las cabezas, y agitando con orgullo el penacho que ondeaba sobre sus yelmos. Su ademan altivo, su feroz continente llena de terror aun á los que no amenazan, y ya parece leerse en sus semblantes que sujetaran todo el orbe.

Entra Numa en la ciudad; por todas partes mira la imágen de la guerra, por todas partes escucha el estruendo de las armas: aquí se muda una guardia, allí se enseñan los soldados bisoños; mas allá se obliga al indómito potro á obedecer el agudo sonido de la trompeta: corren derretidos los metales por arroyos en las fraguas; el escudo, la coraza, resuenan sobre la bigornia: gime

el bronce bajo los pesados martillos: parece que todos los fuegos del Etna se han encendido en Roma, y que los cíclopes trabajan en forjar cadenas para el universo.

Poco acostumbrado Numa á este ruido, experimenta una sorpresa mezclada de terror. Impaciente de ver á Tacio, pregunta por su palacio y se le enseñan: estaba situado en el barrio mas apartado del bullicio. El buen Tacio, alejaba de sí el tumulto y los soldados; no queria mas guardia que el amor de sus vasallos; á cualquier hora se le podia hablar, y se hallaba á su puerta mayor número de pobres que de áulicos.

Admitido á su presencia, Numa se nombra y le presenta el billete de la desgraciada Pompilia. Apenas le hubo leído Tacio, cuando prorrumpiendo en un grito de alegría se arroja en los brazos del jóven. ¡O dia venturoso para mí, exclamó, cuanto debo al pontífice que me vuelve el hijo de mi mas tierno amigo! Sí, reconozco las facciones del esforzado Pompilio; estos son sus mismos ojos; este aquel mismo aire dulce y cariñoso. Tú me amarás como él me amó, sí, lo espero y lo creo. Tu vista me alivia del peso de los años: me quejaba á los dioses de no tener mas que una hija, y ellos piadosos me envían un hijo.

Diciendo estas palabras, le abraza de nuevo, y hace llamar á Tacia su hija, Tacia, menos recomendable por su belleza que por su modestia, dulzura y estremado amor á su padre, llega y Tacio presentándola á Numa, este es tu hermano le dice, este es el que debes amar como el consuelo y apoyo de mi vejez, este es en fin el

hijo de Pompilio, de quien tantas veces te he hablado. ¡Oh dias de mi felicidad, con qué rapidez habeis pasado! ¡Numa, tú me recuerdas aquel tiempo feliz en que tranquilo en la Sabinia, rey querido de mi pueblo adorado, padre, esposo y amigo feliz, pasaba mi vida entre la madre de Tacia, Pompilio y el sabio Tulio.

Mi familia (así llamaba yo á mis vasallos) no era tan numerosa que me impidiese cuidar á cada uno de mis hijos en particular: todos los conocia, iba á menudo á visitarlos, y cuando con Pompilio habia recorrido mi pequeño estado, daba gracias á Júpiter por haberme limitado mi reino, no dándome mas vasallos que aquellos que podia hacer felices. Hoy dia, ¡qué mudanza! Desterrado, lejos de mi patria, preso mas que soberano, sobre un trono extranjero, lloro todos los dias.... pero te veo, y no debo ya quejarme. Estarás en mi compañía, Numa; tú me compensarás de todo lo que he perdido y quizas un dulce lazo, asegurándote mi corona, asegurará al mismo tiempo mi felicidad. Pero ya habrá tiempo de explicarte mis designios; por ahora solo quiero pensar en disfrutar del gusto de verte.

Así habla el buen rey, y su gozo hace aun mas vivo el placer que naturalmente tenia en desahogar su alma noble y sensible con largos razonamientos.

Su hija que ha penetrado sus últimas razones, baja los ojos, pero en breve los dirige á Numa. Admirada de su belleza y noble continente, observa con indecible complacencia la dulzura de su fisonomía, su aire tímido y espresivo, y aquella gracia tan atractiva, hija del candor y la ino-

cencia. Esta era la primera vez que Tacia miraba á un jóven; lo conoce, se avergüenza y vuelve la vista á su padre.

Numa, ocupado con el rey, besaba sus manos y le prometia una ciega obediencia. No hables de obedecer, le responde Tacio: ha muchos años que soy rey, y con todo, nunca he gustado de mandar. Presto conocí que era preciso renunciar al placer de ser amado si queria ser temido, y he preferido los amigos á los esclavos. Rómulo ha favorecido mis ideas; hemos dividido el poder absoluto: Rómulo se ha quedado con el ejército, la disposicion y arreglo de los tributos, y el castigo de los delitos; y yo mas feliz, tengo á mi cargo la administracion de la justicia, la disminucion de los impuestos, la recompensa de las buenas acciones, y finalmente, todas las funciones que hacen los reyes mas parecidos á los inmortales. Siempre estoy temiendo que mi colega abra los ojos sobre la desigualdad de nuestra suerte, y que conozca al fin que todo lo bueno me toca á mí, y á él todo lo malo. Pero hasta ahora, gracias al cielo, no lo ha echado de ver, y en su ceguedad manifiesta estar tan contento con su suerte como yo con la mia.

Te presentaré á este príncipe luego que vuelva de una expedicion que ha emprendido contra los antemnatos. Los vencerá, no lo dudo, porque hasta ahora ningun guerrero ha poseido en el grado de Rómulo, el valor de un soldado y los talentos de un general. Su estatura grande y majestuosa, su gesto audaz y amenazante, sus fuerzas sobrenaturales y el indomable valor que le hace salir bien de los mas arriesgados lances,

son nada comparados con su prodigiosa actividad. Se ofrece una marcha, un sitio, una batalla, en todas partes se halla, todo lo ve: dispone, manda, ataca y defiende á un mismo tiempo. Su cabeza y su brazo no conocen lo que es un instante de inaccion, y éste ejecuta siempre lo que aquella ha determinado.

Hersilia, su hija única, le acompaña en todas sus expediciones. No hay belleza que pueda compararse á la suya. Todos los reyes del Lacio arden en las llamas de sus ojos; todos han venido á poner las diademas á sus pies; pero esta altiva princesa los ha despreciado. Acostumbrada á las armas desde su infancia, digna hija de Rómulo, se ha dedicado enteramente á los ejercicios de Pálas. Cubierta la cabeza de un pesado yelmo y con la lanza en la mano, sigue á campaña y defiende á su padre en los combates. Su hermosa y delicada mano sabe gobernar el poderoso é indócil bruto que tascando el espumoso freno, obedece como á pesar suyo á un dueño, cuyo peso le parece tan liviano. Desarmada y en traje de su sexo, es aun mas temible, aquellas manos que saben usar tan bien de la espada, usan con igual perfeccion de la lira, y mezclando las acordes melodías con los encantadores ecos de su voz, viene á cantar las hazañas y triunfos de su padre, despues de haber participado de sus riesgos.

Tales son Rómulo y su hija; no he disminuido en nada sus brillantes prendas. ¡Ojalá pudiese añadir un largo elogio de sus virtudes! Pero los conquistadores las desprecian, y Rómulo nada sabe estimar fuera del valor y talentos militares,

Su hija, criada por él entre el tumulto de los reales, no ha podido menos de contraer cierta aspereza. Tan hermosa como Juno, tiene el orgullo de esta diosa, y adquiriendo la fuerza y valor de nuestro sexo, parece que ha perdido mucho de la dulzura y bondad, que son el mas precioso adorno del suyo.

Ahora que ya conoces á Rómulo y Hersilia, eres dueño de establecerte con ellos ó con nosotros: puedes libremente escojer entre sus reales ó mi palacio. Quiero ser tu amigo, tu padre, si me permites tan dulce nombre; pero siempre serás dueño de tí mismo, y con tal que me ames y seas feliz, Tacio estará contento.

Numa renovó al buen rey las protestaciones de su inmutable ternura. Su eleccion está hecha; jamas dejará al amigo de su padre, á su rey y al que Tulio le ha propuesto por modelo. Le repite una y muchas veces que nada habrá que le haga mudar de resolucion, y que verá con ojo indiferente, así la belleza y grandeza de Hersilia, como la gloria de Rómulo: lo jura por todos los dioses, y la sensible Tacia oye con alborozo este juramento.

Pasados algunos dias consagrados al amor de Tacio, Numa, que no ha olvidado su sueño, llega á saber que el templo de Minerva está en medio de una selva sagrada llamada el bosque de Egeria. Sorprendido de la conformidad de este nombre con lo que habia visto en el sueño, corre al bosque poco distante de Roma, y le palpita el corazon al caminar por las oscuras bóvedas que formaban las ramas. Un silencio religioso reina en todo él; el zéfiro agita apenas aquellos pobla-

dos olmos y los antiguos álamos, que elevan sus cabezas hasta las nubes; solo se oye el blando ruido de sus hojas meneadas por el viento.

Numa se acerca hácia el templo, adonde va á dirigir sus votos; su imaginacion inquieta le recuerda la ninfa; no se atreve á formar esperanzas de hallarla, y con todo, sus ojos la buscan, cuando de improviso descubre, sobre un banco de céspedes semejante al del sueño, una guerrera recostada y sepultada en un sueño profundo. Apoyaba la cabeza desarmada sobre el escudo; el yelmo estaba á su lado; sus largos y negros cabellos caian sobre su coraza en bucles multiplicados y hacian mas brillante su noble y majestuosa belleza. A su derecha tenia dos javalinas, y al lado ceñida una rica espada, su manto recojido hasta la rodilla dejaba ver el coturno de púrpura sujeto con una presilla de oro. De este mismo modo iba la hermana de Apolo á descansar sobre la cumbre del Ménalo, despues de haber vaciado su aljaba en los montes de Erimanto: las ninfas y las driadas velan en torno de ella; el zéfiro teme agitar las hojas, y el rostro de la diosa conserva, aun durante el sueño, el gesto severo y belicoso, que lejos de alterar su hermosura parece que la aumenta.

Tal y aun mas bella estaba la divina amazona; cree Numa que es Pálas; se arroja de rodillas, quiere hablar, quiere dirijirle sus oraciones, y no halla con las palabras: la lengua se le pega al paladar, su boca queda entreabierta, los brazos estendidos y sin accion, y sus ojos deslumbrados y sin movimiento quedan fijos en aquel amable objeto.

En este instante despierta la guerrera, ve á Numa y al punto se pone en pié; ya el terrible yelmo cubre su cabeza; ya agita sus javalinas, y con voz tronante prorumpe en estas palabras: Cualquiera que seas, jóven temerario, que veniste á turbar mi descanso, dá gracias al destino que te ha ofrecido á mi vista desarmado: si pudieras defenderte, este brazo castigaria tu audacia.

¡Oh diosa, le responde Numa, calma tu enojo, iba á tu templo á ofrecer mi corazón y mis votos.... te he visto, y mis piernas trémulas me han abandonado. La presencia de una divinidad oprime á todo débil mortal, y si es delito mirar una diosa, considera que mis ojos deslumbrados no han podido sufrir el resplandor de tu presencia.

Estas palabras desvanecieron la cólera de la amazona. Al punto baja la punta de los dardos, y mirando á Numa con una sonrisa encantadora, le dice: Depon el temor, no soy deidad; el gran Rómulo es mi padre y voy á Roma á anunciar la victoria que acaba de conseguir. Prosigue, pues, tu camino al templo; anda y pide perdon á Minerva de haberla podido equivocarme conmigo.

Dijo, y dando un golpe en el escudo, al ruido acude su comitiva: le presentan un brioso caballo, se arroja sobre él, aplica los acicates y huye mas veloz que el viento.

Numa queda inmóvil, atónito, lleno de una sorpresa y admiración que jamas habia experimentado. Sus ojos siguen á Hersilia tanto cuanto alcanza: la pierde de vista y aun le parece que la está mirando. Mil pensamientos confusos lle-

van su alma, todas sus ideas se amontonan y ofuscan sus potencias. Procura salir de su turbacion y cuanto mas lo intenta se le aumenta mas. Vuelve sus miradas al sitio que Hersilia ha ocupado y no puede apartarlas de él. Todavía cree que la ve y la oye: cada voz que ha pronunciado resuena en sus oídos; todos los gestos que ha hecho están en su imaginacion. Tiene presente aquel aire grande y majestuoso, su talle noble y agraciado, sus negros y hermosos cabellos, aquellas facciones llenas de gracia y altivez, y el conjunto de esta imájen está grabado en su corazón y se refleja en cuanto mira.

¡Hé aquí explicado (prorumpia al caba de un rato) el sueño misterioso! Estoy en el bosque de Egeria; este es el asiento que ví, y aquella celestial belleza que me arrebató es Hersilia, no hay que dudarlo. ¡Oh Hersilia, Hersilia, dulce nombre! En la turbacion que me oprime, solo hallo descanso y alivio pronunciando el adorable nombre de Hersilia. ¿Pero quién soy yo para atreverme á amarla? ¿Podré aspirar, ay de mí, á una beldad que los dioses mismos me disputarán? A lo menos podré seguirle á donde quiera que vaya, podré adorarla en silencio y dirigirla mis votos como á una deidad: aun así será mi suerte harto venturosa. Sí, bellísima Hersilia, voy á ser un soldado de tu padre, guiaré tus caballos, te daré los dardos, seré tu escudo en las peleas, y si acaso alguna saeta dirigida contra tu preciosa vida me atravesase el pecho, antes de espirar me atreveré á decirte: muero feliz muriendo por tí.

Así se espresa Numa y aquella alma nueva y

ardiente se abre enteramente al amor. Semejante á las maderas resinosas que una chispa incendio y consume, Numa comienza á amar y ya su pasión llega á lo sumo. Ya no piensa en Minerva, vuelve á Roma aceleradamente, siguiendo por el polvo del camino las huellas del caballo de Hersilia. Entra en la ciudad enteramente desatinado, discurre por todas partes sin hallar lo que busca, y no se atreve á preguntar por el palacio de Hersilia: tiembla al querer decir á otros un nombre que en su interior repite con tanto deleite.

Cansado de buscar inútilmente, vuelve al palacio de Tacio, y el primer objeto que se le ofrece es la misma Hersilia, dando cuenta al sabio monarca de la victoria de su padre. Admirado Numa y arrebatado de gozo se detiene, tiembla y baja los ojos. Hersilia le conoce y pregunta á Tacio si aquel jóven es de su corte. Es mi hijo, le responde el rey, á lo menos como á tal le quiero: su padre fué el mas valiente y virtuoso de los sabinos; es de mi sangre é hijo de mi mayor amigo. Al decir esto, corre á Numa y manifiesta inquietud al ver la palidez que cubre su rostro. Numa procura con voz balbuciente desvanecer sus temores: Hersilia le mira y la palidez se cambia en el color mas encendido; no puede pronunciar palabra alguna, y sus ojos, que poco á poco se iban levantando hasta el rostro de la princesa, vuelven á fijarse al suelo aun antes de haberla visto.

Tacio, demasiado viejo para acordarse bien de los primeros efectos de una pasión amorosa se sonríe al ver tanta timidez, y procura escusarla

con Hersilia, diciéndole la edad de Numa y la educación que ha recibido, y aprovechando esta ocasión para hablar de las virtudes de Tulio y de las de su amable discípulo, se complace en hacer un largo elogio del hijo de Pompilio.

Hersilia le escucha con gusto; vuelve los ojos á Numa, á quien el encendido color de sus mejillas prestaba nuevo realce, y penetra mejor que Tacio la verdadera causa que le turba y agita: esta es la vez primera que se complace de haber inspirado amor. Se despide de Tacio, y en aquel instante sus ojos se encuentran con los del apasionado Numa. ¡Oh, como penetró sus almas esta mirada! Sacó Numa de ella la esperanza y Hersilia el amor.

Desde aquel punto mismo se olvida de sí propio el hijo de Pompilio, ocupado únicamente de Hersilia, ó la ve ó la busca; de día sigue sus pasos y por la noche piensa en ella. Ya no se acuerda del rey, ya se ha olvidado de Tulio y sus preceptos: la virtud y la gloria que antes inflamaban su alma, han perdido toda su fuerza: solo á Hersilia ve en todo el universo: Hersilia es el único objeto de sus pensamientos, el único fin de todas sus acciones: todas sus potencias le bastan apenas para Hersilia, y su corazón no produce otros afectos que los de amor.

¡Oh desgraciado jóven, un solo día, un instante solo ha destruido para siempre el fruto de tantos años de lecciones! Hé aquí el favorito de Ceres, el hijo de Pompilio, el alumno del venerable Tulio, aquel modelo de virtud y sabiduría destinado á tan alta suerte, véasele entregado á una pasión insensata y esclavo de la violencia de

sus sentidos. Desecha todos los dones que el cielo derramaba sobre él, por correr tras de una vana apariencia de felicidad, que será el tormento de su vida. Perdido el valor, alucinado su entendimiento, sin virtud, sin razón que le gobierne, va á perecer como un frenético sin conocer el mal que le acaba.

Entre tanto, Rómulo, vencedor de los antematos, conducía sus tropas á Roma. Había muerto con sus propias manos al rey Acron, su enemigo, y los romanos le preparaban un triunfo, que debía servir de modelo á los que en adelante se concedieron á los destructores del universo.

Tacio, á la cabeza de todos los ciudadanos vestidos de blanco, salió á recibir á su colega. Arde el fuego sobre el ara de Júpiter Feretrino; los pontífices y arúspices aguardan al triunfador con palmas en las manos. El camino hasta el Capitolio está cubierto de flores; las puertas de las casas adornadas con festones y guirnaldas, y las matronas romanas vestidas de gala, llevando en brazos sus tiernos hijos, los estrechan contra el pecho, escitan su alegría con tiernas caricias, y les repiten mil veces que van á ver á sus padres vencedores.

Ya á lo lejos se ven brillar las águilas; ya se oyen las trompetas, y á sus ecos responde el pueblo con vivas y aclamaciones. Entra el ejército en la ciudad, y se descubre el gran Rómulo puesto de pié sobre un carro magnífico: cuatro caballos blancos como el armiño uncidos de frente tiraban de él. Parece al ver su fiereza y animosos relinchos que participan ufanos de la glo-

ria de su dueño. Cubierto de las ropas triunfales, coronada la cabeza de laurel, Rómulo lleva en sus brazos el tronco de una robusta encina, moldeado á propósito para revestirle de las armas del rey Acron. Este peso enorme no fatiga al triunfador. Delante del carro camina la familia del rey vencido, cubierta de luto, cargada de cadenas, bajas las cabezas y anegadas en llanto. Un crecido número de esclavos, cargados de los despojos, circundan el carro del vencedor: sus invencibles legiones le siguen dando gritos de alegría, y los ecos reproducen y publican con tardos acentos la gloria de Rómulo.

Sube al Capitolio rodeado de un pueblo embriagado de prosperidades. Luego que llega al templo de Júpiter, se arroja del carro sin dejar el trofeo del vencido. Gime la tierra bajo sus plantas, y el choque de las armas de Acron resuena á lo lejos. Camina Rómulo al altar, pone la encina ante la estatua del dios y esclama: ¡Oh padre de los dioses, recibe los primeros despojos opimos que los romanos te consagran! ¡Haz que este gran día sea para siempre famoso en los fastos de mi nación, que se renueve á menudo, y que mis descendientes, imitándome, cuelguen á estas bóvedas sagradas los despojos del mundo entero!

Dijo, y agarrando un toro furioso, que veinte sacrificadores podían sujetar apenas, le arrastra con brazo robusto al altar, le derriba y arrancando algunos pelos de la espaciosa cerviz, le inmola y los sacerdotes acaban el sacrificio.

Luego que el fuego ha consumido la víctima, sale Rómulo del templo y dirigiéndose á sus sol-

dados, les dice: ¿Qué nos importa, romanos, una victoria, cuando aun quedan enemigos por combatir? Hemos vencido á los antemnatos, pero los volscos, los hernicos y los esforzados marsos, nacion entre las demas solo digna de pelear con vosotros, no han recibido el yugo. Prevenios pues á marchar contra ellos. Hoy triunfamos, mañana os llevaré contra los marsos, y al socorro de los de Capúa, nuestros aliados. Romanos, os concedo este dia para abrazar vuestras mujeres é hijos; pero mañana, apenas la brillante aurora suba en su dorado carro, os juntareis armados en el campo de Marte: vuestro rey estará el primero de todos. De este modo harémos ver á toda la Italia que nunca los vencedores necesitan de descanso.

Todas las tropas responden con gritos de regocijo: las legiones llevan sus águilas al palacio de Rómulo: una guardia escogida vela sobre este sagrado depósito, en tanto que los soldados restituidos á sus familias, reciben los abrazos de sus madres y esposas, y el amor y la ternura se dan el parabien de haber podido quitar un dia á la gloria.

LIBRO TERCERO.

ARGUMENTO.

Numa abrasado del amor de Hersilia, quiere acompañarla. Tacio le dá armas y le presenta al ejército. Júbilo de los veteranos sabinos al ver al hijo de Pompilio. Quiere Tacio seguirle á campaña, pero el pueblo guiado por Tacia, le hace desistir de su intento. Salida y marcha del ejército; Rómulo se junta con su aliado el rey de Capúa. Descripción del campo de este príncipe. Rómulo se separa de él. Llegada y discurso de los embajadores marsos.

El triunfo de Rómulo acabó de perder á Numa. Su alma, entregada ya á las violencias del amor, se inflama aun mas con aquel magnífico espectáculo que la encanta. La gloria de las armas se le presenta como el medio mas seguro de merecer á Hersilia. Apenas ha concebido este designio y ya se abrasa en deseos de ser un héroe. Dos pasiones, de las cuales una sola es suficiente para llenar de ardor y entusiasmo un pe-